



CARRUSEL

Vendimia 77. Mendoza canta. Su pueblo canta. Cada corazón es un instrumento dulce como una guitarra. Hay alegría en los árboles y en las acequias rumorosas, alegría en el sol y en la cambiante serranía. Mendoza, coronada de vides y pámpanos, proclama su opulencia triunfal.

Los tachos de uvas colman de noches y días los carruajes de la última tarde de cosecha; Mendoza es una viña diciendo adiós. Una larga caravana de cansinos soles llevan al lagar los sueños de invierno, los inclementes hielos de agosto, las fragantes estrellas de octubre y las lunas maduras de enero. Todo el pueblo canta, porque Vendimia es recibir el premio al esfuerzo de un año de trabajos y sinsabores. Porque el próximo vino no es otra cosa que un hijo del cielo y de la tierra, un resultado del amor del hombre y de los misterios de la naturaleza. Esta es la fusión constante que se da en esta tierra del sol y del buen vino. Porque así nace el vino, como los hombres, entre suspiros y angustias y lágrimas de dicha, entre temores y esperanzas. Pero en su paso por el mundo, sólo siembra alegrías. Por eso Mendoza está orgullosa. Por eso también hace sus fiestas.

Y desde hace mucho tiempo, ya que nuestra tierra cobijó una tradición que vino en barcos movidos por velas y por sueños.

Cuentan las viejas crónicas que, al igual que en Europa luego de la cosecha, se reunían los labriegos junto a sus viñas y a sus ranchos. Y allí, después de la noble faena, se bebía, se cantaba, se bailaba y se demostraba el regocijo por la obtención de los frutos. Pero en el júbilo también había lugar para el homenaje que el hombre tributaba a la más bella. Homenaje galante, puro, simple. Como eran simples la pared de adobes de la que pendían ramos de orégano, de cedrón y albahaca, o la piedra que tamizaba el agua y la hacía más fresca.

Y entre volar de pañuelos y alegría la noche iba velando los espaciosos patios.